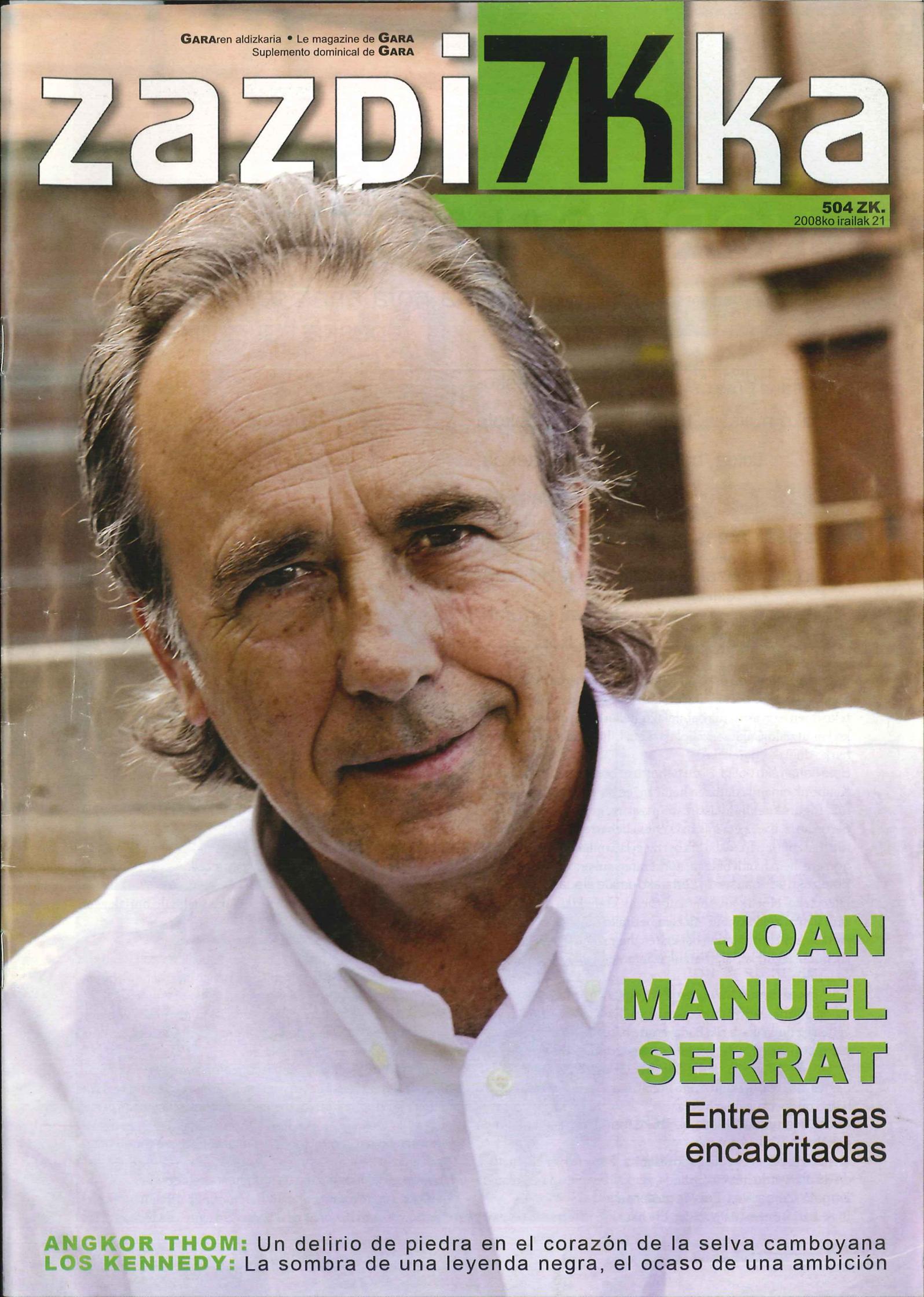


GARAREN aldizkaria • Le magazine de GARA
Suplemento dominical de GARA

zazpi7kka

504 ZK.
2008ko irailak 21

A close-up portrait of Joan Manuel Serrat, a middle-aged man with thinning brown hair, wearing a white button-down shirt. He is looking slightly to the right of the camera with a subtle smile. The background is a blurred outdoor setting with stone steps.

JOAN MANUEL SERRAT

Entre musas
encabritadas

ANGKOR THOM: Un delirio de piedra en el corazón de la selva camboyana
LOS KENNEDY: La sombra de una leyenda negra, el ocaso de una ambición

Finalizada la gira compartida junto a Joaquín Sabina y mientras ultima los detalles de nuevos proyectos, descubrimos a Joan Manuel Serrat en su "refugio" de Viana. El cantautor catalán hace un impás en su periodo de descanso y habla en exclusiva para ZAZPIKA del pasado, presente y futuro y en compañía de un escenario natural que siempre sintió propio.

Hay entrevistas que nacen especiales. Son aquellas que surgen de lo imprevisto, del instante que describiríamos como mágico. No es cuestión de entrar en detalles, pero sí es cierto que un instante y un protagonista, reunidos en un espacio determinado, provocan una ruptura de cálculos y hacen que la entrevista se transforme en una conversación que subvierte las normas pre-establecidas de la fórmula consabida "pregunta-respuesta". Cobra forma la improvisación cuando el entrevistador descubre al entrevistado entre las callejas de piedra de Viana, lugar al que siempre ha permanecido unido y al que regresa habitualmente para buscar el descanso y la compañía de sus amigos de toda la vida.

Ahora, y porque quizás así lo dicten el instante y el espacio, nace la conversación. En las murallas de esta ciudad medieval de Nafarroa queda grabada la cita con el "Noi del Poble Sec" que ha cantado al Mediterráneo, a infinitas mujeres de rostros y nombres cambiantes, a infancias pasadas, a la libertad, a los locos bajitos y a aquella Penélope que, al igual que la llegada de Ulises en el impás impreciso que delimita la cordura de la locura.

Sobre fondo de mares de viña, se asoma la pregunta de rigor que certifica su plena recuperación del cáncer de vejiga: «¿Qué tal te encuentras?» Y él responde con rotundidad: «Mejor que nunca». Sonríe a una joven que se acerca hasta él con una caja que incluye una recopilación de sus discos. Firma el recopilatorio y, a pocos pasos, una anciana le

detiene el paso. Él, sin perder la sonrisa, sella el encuentro con un abrazo y un «¿Cómo no me voy a acordar?»

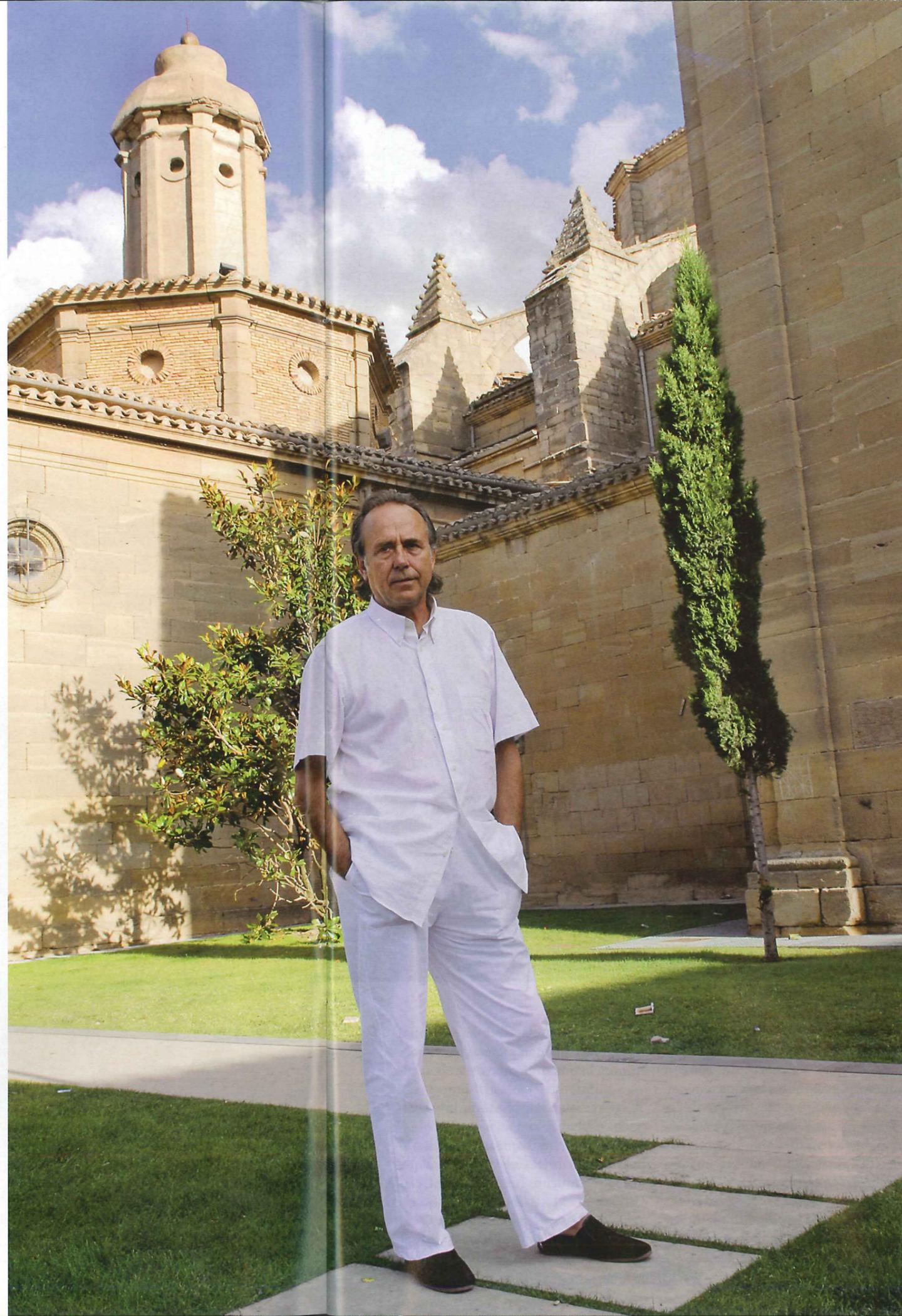
En las murallas de Viana, la conversación cobra forma definitiva con Joan Manuel Serrat.

¿En qué etapa se encuentra?

En la única que tengo. Estoy en la que me toca jugar. Con esto te quiero decir que las etapas ya pasadas no están y que desconozco las que me quedan por recorrer. El hombre es su presente. Lo que sí sé es que me encuentro inmerso en un presente productivo, un presente ilusionado y con proyectos que afronto con muchísima energía. Me siento agusto con lo que estoy viviendo y compartiendo. No se puede relativizar el "ahora" con respecto a lo que ya ha ocurrido y, evidentemente, con lo que llegará... ¿Quién puede saber lo que nos espera a la vuelta de la esquina?

Cuando afronta una composición, ¿qué llegó primero: la palabra o el sonido?

La canción es palabra y sonido. Las palabras son sonidos. La maravilla del lenguaje, y del uso del lenguaje, es que crea cantidad de sonidos por sí mismo. En el caso de escribir una canción, compuesta por dos partes fundamentales que son texto y melodía —aparte de otras a las que a veces no se les concede tanta importancia, como pueden ser la armonización y la rítmica—, todo depende de lo que se quiera hacer y dónde quieras cargar las tintas, con mayor o menor acierto. No todo funciona con la regla del 50%; sería absurdo. Cada canción tiene su propia necesidad rítmica y



musical. Lo que sí es seguro es que una buena canción sigue siendo un buen texto con una buena música y que no existe una buena canción si falla alguno de los dos pies. Todo esto puede parecer demasiado obvio, pero es una regla primordial que se olvida con demasiada frecuencia.

¿Desconfía de las musas?

Siempre. Se escabullen y hay que agarrarlas con fuerza. De todas formas, no niego la inspiración instantánea; al contrario, creo que toda obra es fruto de una suma de momentos inspirados y de musas encabritadas. No creo tampoco, al menos a mí no me ha ocurrido, que un momento determinado inspirado haya sido capaz de generar algo tan relativamente importante como una canción. Lo que sí es cierto es que, en el transcurso de un paseo, pudo surgir una idea que, con posterioridad, tuve que desarrollar y que, en el futuro, quizás llegó a canción o cayó en el olvido. Cada artista tiene su forma de hacer las cosas y la mía se concreta en trabajo, más trabajo, constancia y tozudez.

«Como decía un amigo mío, "la lengua española puede estar en peligro en Taiwán o en las islas Fidji"»

¿Le ha ocurrido en alguna ocasión no haber dado con la música que precisaba cierto verso?

Para eso existe la paciencia. Hay dos herramientas fundamentales para solventar este problema habitual: trabajo y paciencia. No es que me haya ocurrido alguna vez; es lo que más me ha ocurrido en la vida. La palabra tiene que estar a la altura de la música y viceversa. Es muy raro que, de entrada, una música y un texto fantásticos se te aparezcan de improviso. Lo más corriente es que ocurra lo contrario... (ríe), que aparezcan un texto malo y una mala música.

¿Es la receta alquímica aplicada a canciones como "Mediterráneo"?

Yo creo que "Mediterráneo" es una canción muy afortunada. En ella coinciden muchas cosas. Sobre todo, porque ha concitado la complicidad de la gente. La gente la ha modificado y la ha transformado de canción a himno. Esto es lo más satisfactorio que le puede ocurrir a un autor. Afortunadamente, es un caso que me ha pasado con varias canciones. Cuando estas cosas ocurren, uno se siente muy orgulloso de lo que hace y se siente tremendamente feliz de haber tenido la suerte de que su obra haya podido trascender realmente a la gente y que ésta la haya hecho suya.

Con "Mô" (2006), su último disco grabado en solitario, ¿se reencontró con el catalán?

Sigo componiendo en catalán porque quiero y porque me gusta. Mi último disco, "Mô" —que es el nombre con el que los aborígenes de la isla de Menorca reconocen a su tierra, Mahón—, nace de las tripas y, con toda sinceridad, te digo que es uno de mis mejores trabajos. Es muy consistente y fantástico. Curiosamente, tuvo la suerte de ser número uno en las listas del Estado. Es un dato importante, teniendo en cuenta que ha sido grabado en una lengua periférica.

¿Está en peligro la lengua española?

Como decía un amigo mío, muy inteligente y castellano él, «la lengua española puede estar en peligro en Taiwán o en las islas Fidji». Son historias que se manejan con intenciones claramente políticas. En el caso de Cataluña, no existe ninguna preocupación en este sentido. Ninguna encuesta realizada a la ciudadanía daría este resultado. Yo creo que la pluralidad siempre es riqueza. A veces, uno ve, lamentablemente, que muchas de las cosas que uno clama por ser marginado, en cuanto tiene la oportunidad, se convierte en un marginador voluntario y con extrema facilidad. En el proceso de reconstrucción democrática, todavía faltan algunos espacios de tolerancia y generosidad que, quizás, nuestra historia no ha permitido consolidar todavía.

Cuando en estos tiempos de crisis y de recesión económica alguien coge una

guitarra, ¿da prioridad a la ironía o a la mala leche?

Que vivimos tiempos de recesión económica está claro. Hay que tener en cuenta que hemos vivido tiempos de vacas muy gordas y que, quizás y en general, había que haber sido mucho más prudentes. Esperemos que cada cual, en su campo, sea capaz de tirar de este carro colectivo. Impera la necesidad colectiva de no caer en tremendismos y de ser coherentes con los tiempos que nos to-

can vivir. De todas formas, la ironía siempre es un buen recurso para hacer frente a los malos tiempos.

¿Sigue siendo la poesía un arma cargada de futuro?

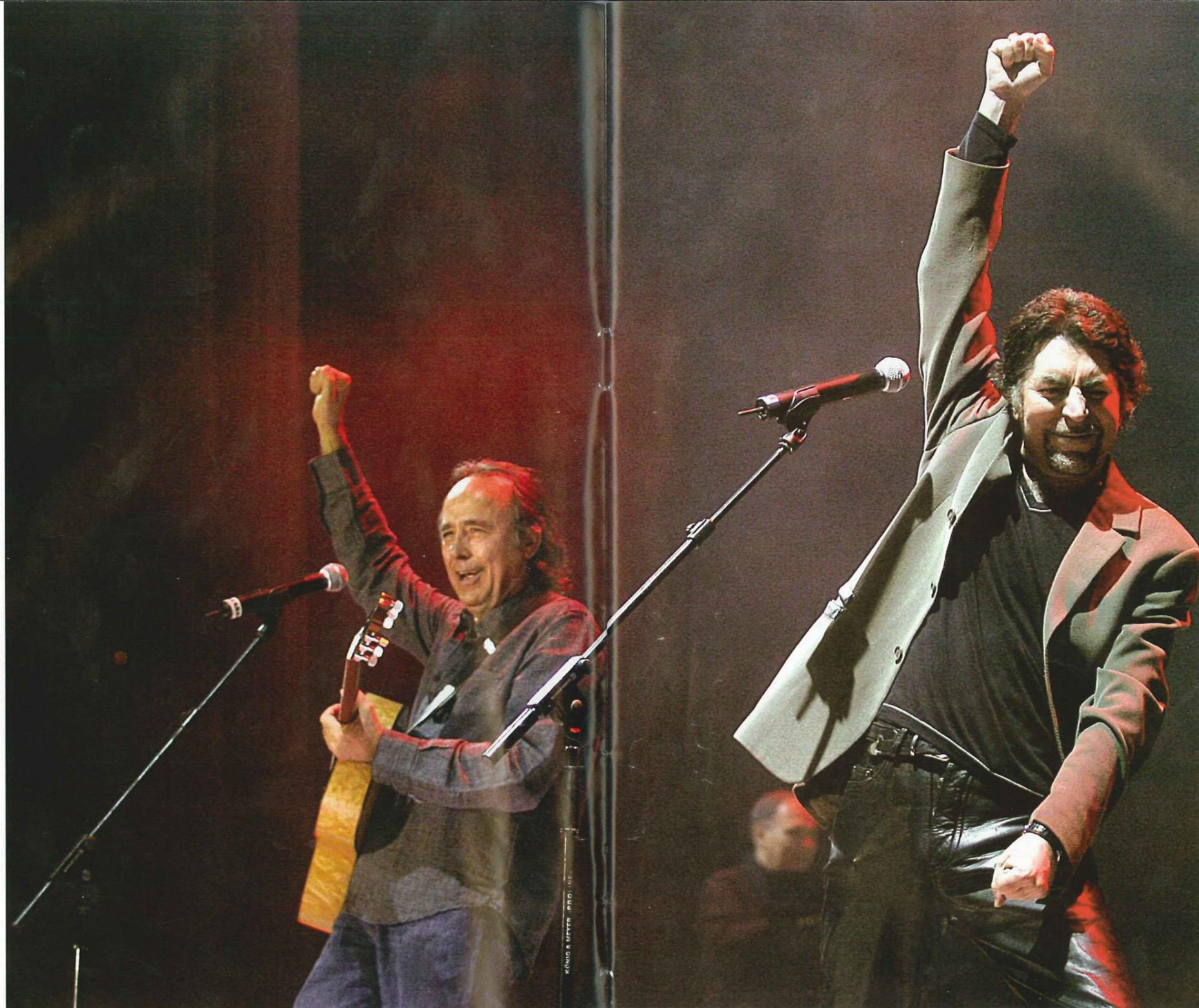
Sí, por supuesto que sí. Eso lo dijo el bueno de Gabriel Celaya. Lástima que nos falten muchos más versos de Celaya. Fue un extraordinario poeta que, a veces, no ha sido lo suficientemente recompensado ni como poeta, ni como ser

humano. La poesía es un arma llena de pasado, rica en presente y cargada de futuro. En general, el arte es una muestra de la compleja alma del hombre, pero lanzada hacia fuera. Siempre resulta saludable que saquemos los sentimientos y que éstos estén por encima de sensiblerías insignificantes.

¿Qué valoración hace de su proyecto compartido junto a Joaquín Sabina? Muchos han descrito "Dos pája-

ros de un tiro" como la reunión de dos artistas antagónicos...

Joaquín y yo no somos, en nada, antagónicos. No solamente somos complementarios, sino que somos coincidentes. La forma que tiene él de hacer música no es muy diferente a cómo la concibo yo. Si no, no entendería la simbiosis producida sobre el escenario. Sí es cierto que Joaquín y yo miramos las cosas desde diferentes perspectivas, en muchos casos, pero miramos las mismas



Javier Cebollada/Efe

cosas. Es lógico que cada cual las transmita de manera diferente. En eso se basa la riqueza cultural. Únicamente la suma de las miradas nos ofrece la visión completa del conjunto.

¿Y cómo fue compartir escenario junto a él?

Todo resultó muy cómodo. Es una persona muy inteligente, sensible, un hombre que, en muchos casos, va por detrás de su propia leyenda. Conoce muy bien sus propias limitaciones y las de los demás, y por eso sabe situarse en el lugar que le corresponde. Un trabajo hecho así, a cuatro manos, exige por encima de todo mucho respeto a lo que hace el otro, cariño al trabajo de tu compañero y generosidad en lo referido a lo que tú haces. Es decir, ser capaz de mostrarte siempre amable y cortés con tu amigo. Que lo parido en el escenario se traduzca en una sana complicidad.

Imagino que ha sido una experiencia muy especial si tenemos en cuenta que Sabina le dedicó una canción a su primo "El Nano".

Más allá de este detalle emotivo, que dice mucho acerca de nuestra amistad, ha resultado una experiencia enriquecedora. Creo que nació para que me quieran; te lo digo en serio. Siempre manifesté abiertamente mis quejas, pero no todo el mundo es recíproco. Es imposible tener amigos de verdad sin tener también tus detractores de verdad. Dicho esto, es fácil ubicar a Joaquín.

Resulta inevitable una referencia a este encuentro en las murallas de Viana...

Son ya 51 años los que he pasado por esta tierra. Tengo amigos, amigos que considero familia. Tengo una forma de entender las cosas que es muy coincidente con la gente de aquí. He hecho un largo aprendizaje desde mi niñez hasta estos momentos, en los que sigo implicado, que me va muy bien y me educa. Y, por otra parte, yo siempre me he sentido muy bien tratado aquí, como uno más del pueblo. Nunca me trataron como un niño anónimo, ni como un cantante famoso. Fui Juanito cuando llegué y lo sigo siendo para

aquellos con los que comparto edad y millones de experiencias vitales.

¿Viana, en su caso, simboliza ese recodo en la vida que nos devuelve a una infancia perdida?

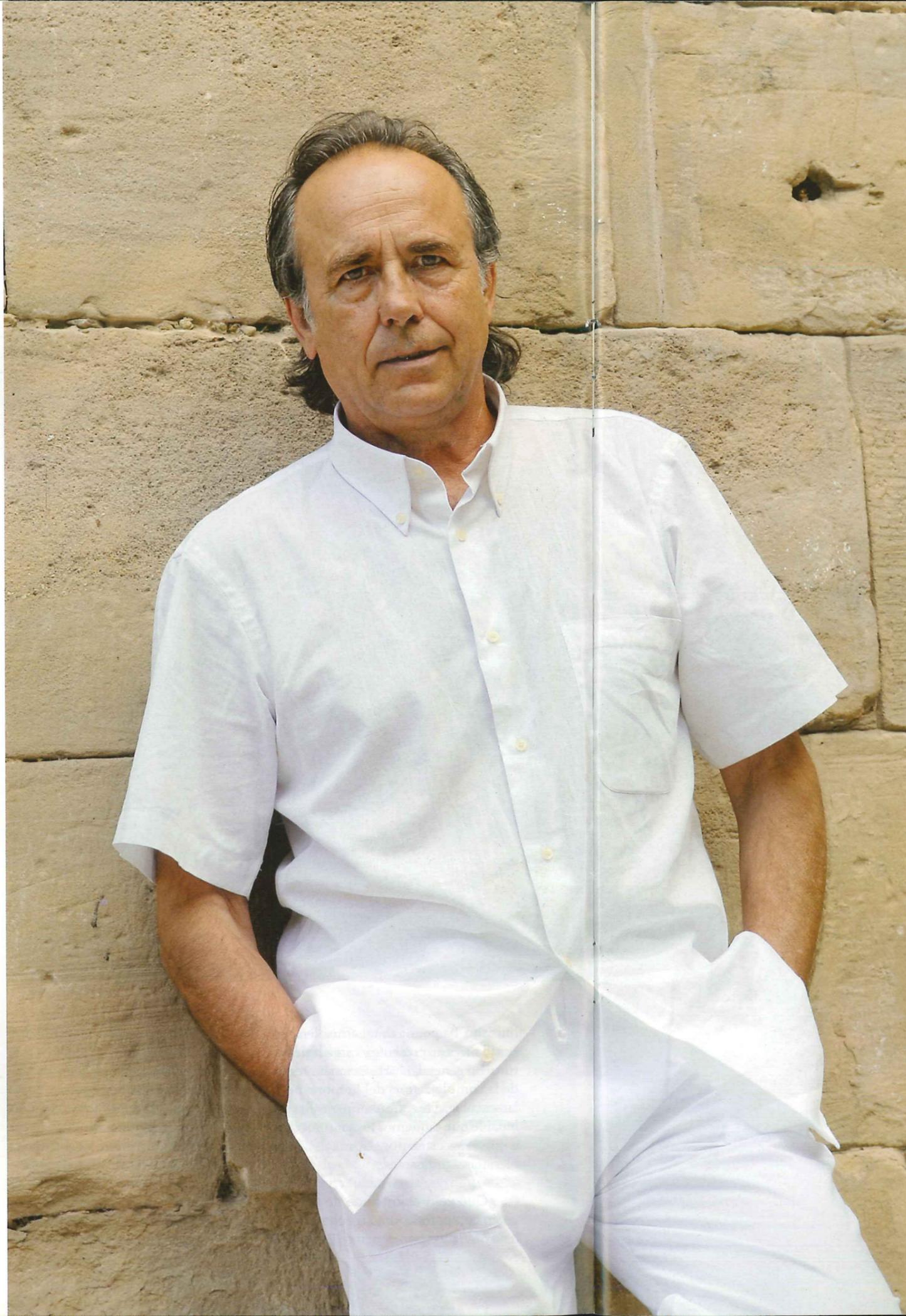
Tiene mucho más que ver con la necesidad de sobrevivir y de reflejarnos en aquello que amamos, independientemente de que uno sabe que los paraísos perdidos se perdieron definitivamente y hace ya muchos días. Cuando vengo aquí, yo no busco paraísos perdidos, ni pretendo resucitar infancias muertas. Busco seguir encontrándome a mí mismo y seguir creciendo en lo que soy y en lo que son mis amigos. Ellos también han pasado la edad de los 60 años y también son abuelos, pero hemos podido seguir creciendo juntos

«En la Guerra Civil, las tropas nacionales mataron a mi abuelo, a mi abuela y a treinta familiares más»

con independencia de cuestiones sociales, económicas, políticas, lingüísticas, artísticas..., con independencia de que yo sea un cantante famoso y el otro un albañil. Seguimos siendo el uno del otro y ello nos indica que no mantenemos distancia alguna porque sabemos que lo más importante está en otro lugar y en ese lugar coincidimos y coincidiremos.

En un hipotético viaje a través del tiempo y mirando más allá de estas murallas, ¿qué nos encontramos?

Queda el reencuentro con mi madre, que era de Belchite. La sombra viva de mi abuelo, que ejercía como secretario del juzgado y al que mataron durante la Guerra Civil. Lo mataron las tropas nacionales a él, a mi abuela y a treinta familiares más. Rememoro aquel primer día que fui a Belchite, con cinco o seis años, aferrado a la mano de mi madre.



Viamos en el tren desde Utrillas en cuanto ella creyó superado el dolor. Caminamos desde la estación al pueblo viejo y nos veo cruzándolo, atravesando los restos de una iglesia derruida y lo que quedó de varias calles más. Recuerdo la frescura de la acequia y el trayecto que derivaba en la tahona, a donde iba a por el pan. Cuando compuse "Cançó de breçol", quise darle, a mi manera, el beso a aquella mujer luchadora que siempre soñó con su pueblo y con la idea de haber sido bailarina.

¿Y qué recuerdos guarda de su madre?

Su gran capacidad para fabricar y diseñar todo tipo de utensilios domésticos utilizando los recursos más básicos. Era un hombre sabio y muy mañoso. Le recuerdo en las horas que compartíamos pescando, enseñándome a poner el gusano en el anzuelo...

¿Queda en la evocación de su infancia el poso de la felicidad?

Sin duda alguna. De todas formas, siempre me he considerado una persona muy afortunada. La niñez nos devuelve los sabores de la fruta, el aroma del campo y la luminosidad del verano. Relaciono mi niñez con la felicidad, con el paso previo a los grandes descubrimientos que la vida me ha ofrecido progresivamente.

Y si miramos hacia el Norte, hacia Euskal Herria, ¿qué recuerdos legó su encuentro con otros cantautores?

Sigo siendo un ferviente seguidor de Mikel Laboa. Para mí, es uno de los grandes genios de la canción. Es increíble su capacidad de romper los ritmos y reconstruirlos. He tenido la suerte de haber sido amigo de Gorka Knörr o de conocer a Benito Lertxundi. Especialmente he tenido una gran relación con muchos artistas de mi generación, que son aquellos con los que nos han pasado las cosas, gente con la que he compartido todo tipo de situaciones, con la que hemos crecido juntos en el bien y en el mal, en la salud y en la enfermedad (Ríe)... como en los matrimonios.

¿Se encuentra inmerso en algún nuevo proyecto?

Yo creo que cualquier artista está haciendo cosas; hay que obviar la dictadura del tiempo. No es cuestión de que lo haga tarde más o menos tiempo en concluirlo. Busco espacios largos de tiempo para escribir, para pensar, y con independencia de que escriba o no. Pero, sobre todo, busco espacios para seguir subiéndome a un escenario. Es un lugar muy reconfortante y un lugar para el reencuentro. Para otros artistas, puede ser el lugar donde definen lo que hacen. Para mí, el escenario es, en sí mismo, una definición. He tenido la suerte de viajar por muchos países y de pisar escenarios diferentes. El escenario forma parte de mí, es una necesidad y me exige —no la gente, sino "ese" que llevo dentro— tener que salir muy a menudo porque no quiere perder la relación que comparto

«En Viana, sigo siendo Juanito para aquellos con los que comparto edad y millones de experiencias vitales»

con muy buena parte del mundo, y si esa relación no se mantiene, termina por oxidarse y se estropea.

¿Joan Manuel Serrat es de distancias cortas?

No me importan las distancias. Depende de lo que tenga alrededor y, por encima de todo, de la gente. Un concierto en un gran espacio con un público fervoroso y atento puede ser de una emoción absoluta. Tocar en la Plaza de los Congresos en Buenos Aires ante más de 200.000 personas en silencio absoluto... eso acojona que no veas; mucho más que en un ámbito pequeño. De cualquier manera, pienso que el artista siempre mide su distancia ideal y, para mí, esa distancia es aquella en la que no se pierde el gesto, en la que el detalle no es comido por la distancia que separa al artista del que está sentado en la butaca.